

"Señores,

Aspiro a ser diputado, porque aspiro a robar en grande y a "acomodarme" mejor. Mi finalidad no es salvar al país de la ruina en la que lo han hundido las anteriores administraciones de compinches, sinvergüenzas; no señores, no es ese mi elemental propósito, sino que, íntima y ardorosamente, deseo contribuir al saqueo con que se vacían las arcas del Estado, aspiración noble que ustedes tienen que comprender es la más intensa y efectiva que guarda el corazón de todo hombre que se presenta a candidato a diputado.

Robar no es fácil, señores. Para robar se necesitan determinadas condiciones que creo no tienen mis rivales. Ante todo, se necesita ser un cínico perfecto, y yo lo soy, no lo duden señores.

En segundo término, se necesita ser un traidor, y yo también lo soy, señores. Saber venderse oportunamente, no desvergonzadamente, sino "evolutivamente". Me permito el lujo de inventar el término que será un sustitutivo de traición, sobre todo necesario en estos tiempos en que vender el país al mejor postor es un trabajo arduo e ímprobo, porque tengo entendido, caballeros, que nuestra posición, es decir, la posición del país no encuentra postor ni por un plato de lentejas, créanlo... prefiero ser honrado.

Abarquen la magnitud de mi sacrificio y se darán cuenta de que soy un perfecto candidato a diputado.

Cierto es que quiero robar, pero ¿quién no quiere robar? Díganme ustedes quién es el desfachatado que en estos momentos de confusión no quiere robar. Si ese hombre honrado existe, yo me dejo crucificar. Mis camaradas también quieren robar, es cierto, pero no saben robar.

Venderán al país por una bicoca, y eso es injusto. Yo venderé a mi patria, pero bien vendida. Ustedes saben que las arcas del Estado están enjutas, es decir, que no tienen un mal cobre para satisfacer la deuda externa; pues bien, yo remataré al país en cien mensualidades, de Ushuaia hasta el Chaco boliviano, y no sólo traficaré al Estado, sino que me acomodaré con comerciantes, con falsificadores de alimentos, con concesionarios; adquiriré armas inofensivas para el Estado, lo cual es un medio más eficaz de evitar la guerra que teniendo armas de ofensiva efectiva, le regatearé el pienso al caballo del comisario y el bodrio al habitante de la cárcel, y carteles, impuestos a las moscas y a los perros, ladrillos y adoquines...

¡Lo que no robaré yo, señores! ¿Qué es lo que no robaré?, díganme ustedes. Y si ustedes son capaces de enumerarme una sola materia en la cual yo no sea capaz de robar, renuncio ipso facto a mi candidatura...

Piénsenlo aunque sea un minuto, señores ciudadanos. Piénsenlo. Yo he robado. Soy un ladrón, y si ustedes no creen en mi palabra, vayan al Departamento de Policía y consulten mi prontuario.

Verán que performance tengo. He sido detenido en averiguación de antecedentes como treinta veces; por portación de armas -que no tenía- otras tantas, luego me regeneré y desempeñé la tarea de grupí, rematador falluto, corredor, pequero, extorsionista, encubridor, agente de investigaciones, ayudante de pequero porque me exoneraron de investigaciones; fui luego agente judicial, presidente de comité parroquial, convencional, he vendido quinielas, he sido, a veces, padre de pobre y madre de huérfanas, tuve comercio y quebré, fui acusado de incendio intencional de otro bolichito que tuve...

Señores, si no me creen, vayan al Departamento...verán ustedes que yo soy el único entre todos esos hipócritas que quieren salvar al país, absolutamente el único que puede rematar la última pulgada de tierra argentina... Incluso, me propongo vender el Congreso e instalar un conventillo o casa de departamentos en el Palacio de Justicia, porque si yo ando en libertad es que no hay justicia, señores...". Con este discurso, lo matan o lo eligen presidente de la República.

Roberto Arlt, *Aguafuertes porteñas*, Buenos Aires, 1933.

Concours E.N.S. Ulm 2009/ Série BL

## SUJET NUM. 1

### La Constitución, con salsa agridulce

Ayer, en este fin de fiesta, los senadores se dividían en dos: los que traían en la mano el folio de la salvación y los que no llevaban nada, los que tenían una fórmula mágica y los que pasaban de todo mirando aquel trajín de pasillo, semejante al de un andén cuando el convoy ya ha pitado y se larga con la historia asomada por la ventanilla. Y todo por una palabra, toda esta tensión por un giro que cierra la jaula constitucional. Bajo el orgullo de una coma se esconde la propia existencia del Partido Nacionalista Vasco. Su esencia es su aparente tozudez. Cada cual se realiza como puede a lo largo del año. Ayer tuvo el Senado la emoción de una larga partida de póker en la que el bueno y el malo se envidan las pestañas hasta el amanecer. Al final, Abril Martorell golpeaba el pupitre al borde de la histeria frente a los ilustres recaderos que le acarreaban soluciones de última hora, ocurrencias urgentes y remedios de Santa Rita. Por el lado del diccionario se había intentado todo, por ahí no había solución ni salida, ahora quedaba por seguir el ejemplo de Picasso, que inventó la estética del expresionismo: cuando un retrato no cabe en el marco se le cortan las piernas al cliente y se pintan junto a sus orejas.

De esta forma Abril pensó coger la disposición transitoria y llevarla con marco y todo al interior del articulado. Pero los vascos se negaron. Después a alguien se le ocurrió simplemente borrarla del mapa. Pero esta vez se opuso UCD. Todo el día así, esto te doy, esto te tacho, esto te quito, entre componendas abortadas, carreras y recados con senadores intermediarios blandiendo la cuchara del guiso y los emisarios transportando papeles escritos con tachaduras, gestos de paz con soluciones mágicas a bolígrafo.

Ciento cincuenta años de enfrentamiento entre los vascos y el poder central se condensaban angustiosamente en el último cuarto de hora, en la prórroga histórica que un senador pedía por si acaso aterriza un dios en paracaídas con la receta en la solapa. En el palco, según conforme a la Constitución, así se agotaba el tiempo y Abril Martorell estaba allí con la jaula abierta y el alpiste en la mano por si al jilguero se le ocurría entrar. Pero este no es un caso de palabras, sino una cuestión de principios.

Desde que se abrió la sesión a las once de la mañana, hasta las braceantes aglomeraciones de última hora al pie de la tribuna con aquella densidad de senadores con la purga de Benito en el bolsillo, volando los papeles y las fórmulas por encima de las cabezas, el día ha sido un ejemplo de paciencia acelerada, más allá del reglamento de mano, un baile frenético alrededor de un sofisma, una infantería cargando contra un matiz, la lucha desigual frente a la tilde que esconde una realización histórica. No se sabe qué admirar más, si el agotamiento de unos o la tozudez de otros, dentro de una buena fe entre el misticismo y el pragmatismo.

Las voces de Unzueta y de Abril Martorell en la tribuna marcaban el nivel de la inutilidad. Los gritos de Olarra, las ofertas de Satrústegui perdido en la marea, la mediación de Portabella, el último cable de los senadores reales, todo era una formación de sofistas frente al absurdo. La jornada fue cogiendo paulatinamente un clima surreal, una voluntad contra la roca, hasta llegar al aro de la votación en que se ha vuelto a la fórmula del Congreso con la abstención de los nacionalistas vascos.

Pero el debate de la Constitución en el Senado ha terminado con aplausos de autosatisfacción. Discursos de gozo, alocuciones de felicitación y promesas de felicidad duradera que este país tanto se merece. El debate constitucional en el Senado ha terminado con ese sabor agridulce de los mejores platos.

MANUEL VICENT, *El País*, 06/10/1978

El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión: el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas: la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí la inmensidad por todas partes: inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra, entre celajes y vapores tenues, que no dejan, en la lejana perspectiva, señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo. Al sur y al norte acéchenla los salvajes, que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambres de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos, y sobre las indefensas poblaciones. En la solitaria caravana de carretas que atraviesa pesadamente las Pampas, y que se detiene a reposar por momentos, la tripulación reunida en torno del escaso fuego vuelve maquinalmente la vista hacia el sur al mas ligero susurro del viento que agita las yerbas secas, para hundir sus miradas en las tinieblas profundas de la noche, en busca de los bultos siniestros de la horda salvaje que puede de un momento a otro sorprenderla desapercibida. Si el oído no escucha rumor alguno, si la vista no alcanza a calar el velo oscuro que cubre la callada soledad, vuelve sus miradas, para tranquilizarse del todo, a las orejas de alguna caballo que está inmediato al fogón, para observar si están inmóviles y negligentemente inclinadas hacia atrás. Entonces continúa la conversación interrumpida, o lleva a la boca el tasajo de carne medio sollamada de que se alimenta. Si no es la proximidad del salvaje lo que inquieta al hombre del campo, es el temor de un tigre que lo acecha, de una víbora que puede pisar. Esta inseguridad de la vida, que es habitual y permanente en las campañas, imprime, a mi parecer, en el carácter argentino cierta resignación estoica para la muerte violenta, que hace de ella uno de los percances inseparables de la vida, una manera de morir como cualquiera otra; y puede quizá explicar en parte la indiferencia con que dan y reciben la muerte, sin dejar, en los que sobreviven, impresiones profundas y duraderas.

Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, 1845

## Radio Rumor

Si la sumisión de los medios ante el poder central resulta asfixiante en nuestra modernizada sociedad, en el 68 resultaba sobrecogedora. Radio, televisión y prensa, con una unanimidad digna de la más platanera de las repúblicas bananeras, hacían suyas las versiones oficiales, alteraban las cifras, manipulaban la información o las imágenes, ofrecían espacio para las declaraciones de unos y lo negaban para las de otros.

En esas condiciones nació Radio Rumor.

Radio Rumor era una cadena malthusiana que contrarrestaba la información oficial.

Radio Rumor era cualquier cosa menos objetiva, dentro de su relativa fidelidad a la verdad, era parcial, exagerada, tremendista, amarilla. Básicamente, porque era incontrolable.

El movimiento disponía de sus millares de oradores callejeros, de las bardas y los autobuses pintados, de los millones de volantes, de la conversación nocturna en que se adoctrinaba a parientes, novias, vecinos, lo que constituía la periferia del activismo. Y de allí emergía Radio Rumor. Tierra de todos y de ninguno, absolutamente democrática, frecuentemente irracional, decididamente mexicana.

El ejército tiroteaba una brigada estudiantil ante la puerta de Azcapotzalco, se producían choques con los obreros petroleros, y esto se convertía en un rumor que decía que la huelga había estallado en la refinería y las consiguientes colas ante todas las gasolineras.

Pero a veces Radio Rumor se comportaba con precisión, no exageraba. La prensa informaba que un estudiante de la escuela de comercio de la UNAM había muerto por comer una torta con queso en mal estado, Radio Rumor sabía que había muerto por conmoción cerebral a causa del garrotazo que le había dado un granadero. Radio Rumor era imprecisa, vaga, no sabía el nombre del estudiante, no sabía su edad, pero en cambio transmitía, con absoluta precisión, que el estudiante vestía un suéter amarillo.

Radio Rumor era incoherente, absurda, inconexa, pero certera en su venganza, justiciera.[...]. La información oficial decía que los presos estaban detenidos en el campo militar número uno. Radio Rumor sabía que los estaban torturando.

Radio Rumor mantenía con el estado mexicano una guerra informativa en torno a la estadística, suyo era el terreno de las cifras. La información oficial decía que estaban en huelga seis escuelas ; Radio Rumor ofrecía la cifra exacta, 26 y media, porque en la prepa 7 no había entrado en huelga el turno de la tarde.[...]

Radio Rumor destacaba lo secundario, siempre con sentido dramático. A veces parecía dirigida por un productor de fotonovelas. Por eso se sabía con más precisión de qué raza eran los perros que traían los granaderos y que mordieron a los estudiantes cuando el desalojo de la Escuela Nacional de Teatro, y el número de la unidad militar que a bayoneta calada había participado en el ataque.

Radio Rumor fue la única que supo de los muertos en Tlatelolco, fue la única que dijo que se habían alineado los cuerpos en un hangar de la sección militar del aeropuerto, la única que supo del vuelo sobre el Golfo de México donde se arrojaron los cadáveres de los estudiantes asesinados ; la única que los contó y les dio nombre, la primera resistencia real contra el olvido.

Paco Ignacio II, 68, México, Joaquín Mortiz, 1991